

la tardía reinstauración de la democracia en España no necesariamente significó el retorno. Habían echa-

do demasiadas raíces en México. De forma dramática lo habría de comprobar la minoría que finalmente

regresó, al volver a vivir, ahora en su propia tierra, la experiencia de un nuevo destierro.

## La fiesta brava en el bosque de Chapultepec

Margarita Loera Chávez

José Francisco Coello y Rosa María Alfonseca, *El Bosque de Chapultepec, un taurino de abolengo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Obra Diversa), 2001.

**E**l bosque de Chapultepec es hoy un centro turístico y recreativo, uno de los pocos refugios ecológicos que se conservan en el espesor de la capa asfáltica de la ciudad de México y, además, un espacio cultural que por su importancia y tamaño ocupa un lugar relevante de rango internacional.

En una extensión de 64.75 hectáreas divididas en tres secciones, el bosque ofrece un universo de servicios. En él se encuentran muchos de los museos más significativos del país: el Nacional de Historia, el de Arte Moderno, el de Arte Contemporáneo Internacional, el Rufino Tamayo, el de Historia Natural, el de la Comisión Federal de Electricidad, el del Papalote, el Nacional de Antropología y la Galería de Historia, popularmente conocida, debido a su arquitectura, como "El Caracol". También allí se ubica el más completo parque zoológico del país, el Auditorio Nacional y una serie de teatros, fuentes, vestigios arqueológicos, monumentos históricos, centros de fomento cultural para diferentes edades, áreas de deporte, audioramas,

campos de juegos, calzadas, ferias, servicios culinarios para todo público, Los Pinos, residencia presidencial, en fin. Un mundo fantástico, visitado por millones de seres humanos, cuya fisonomía reciente es resultado del pasado del sitio.

De todo lo anterior, acaso lo más simbólico y atractivo sea la simbiosis plasmada en el imaginario colectivo, entre el bosque y el castillo. Este último está situado en la primera y más antigua sección de la zona, sobre el llamado cerro del Chapulín o, en voz náhuatl, Chapultepec, y hoy es recinto del Museo Nacional de Historia.

Desde un punto de vista más profundo, bosque y castillo constituyen en el rostro tan plural del mexicano un foco de identidad al que se llega por varios caminos: la leyenda, el mito, el arte, la ciencia histórica, la espiritualidad o religiosidad, la sensación de contacto con la naturaleza, la nostalgia del recuerdo de algún romance en el lugar, la simple sonrisa del esparcimiento, pero sobre todo, la identidad con la patria, por los tantos acontecimientos históricos que sucedieron allí y por los tantos eventos conmemorativos de los mismos, que año con año visten a Chapultepec con un impactante calendario de efemérides.

Entre 1785 y 1787, bajo la rectoría del virrey Bernardo de Gálvez, se llevó a cabo la primera construcción de lo que hoy es el edificio cono-

cido como el Castillo de Chapultepec. Desde entonces, dada la cantidad de funciones que ha cumplido como sede del Colegio Militar, residencia de dirigentes nacionales, Observatorio y Museo Nacional de Historia por decreto del general Lázaro Cárdenas en 1939, el lugar ha sido sometido a una gran cantidad de remodelaciones arquitectónicas y acciones titánicas para su mantenimiento. La última de ellas, realizada dentro de un macro proyecto integral, inició en el año de 1996 bajo la rectoría del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en cuya custodia se encuentra el monumento histórico y el Museo Nacional de Historia que en él existe.

Una parte fundamental para la realización de los últimos trabajos citados fue un exhaustivo proyecto de investigación documental, gráfico y arqueológico que dio sustento a las labores de intervención sobre la arquitectura, la restauración de bienes muebles e inmuebles por destino y la museografía. Como resultado de esa búsqueda, se obtuvieron alrededor de tres mil gráficos y documentos, innumerables hallazgos arqueológicos y estudios minuciosos de biólogos y arquitectos sobre los jardines y el bosque. Esta información permitió pensar en su utilidad, no sólo para los fines del proyecto de restauración para el que se recopiló, sino también para mejorar los servicios educativos del museo, entre otras cuestiones, a través de la divulgación de

nuevos conocimientos históricos sobre el bosque y el castillo, dirigidos a distintos públicos. Fue en este contexto de enfoques como surgió la idea de elaborar el libro de Francisco Coello y Rosa María Alfonseca, *El Bosque de Chapultepec, un taurino de abolengo*, cuyo contenido en muchos aspectos resulta novedoso.

El trabajo se encuentra dividido en dos partes. En la primera Francisco Coello, apoyado en fuentes documentales y hemerográficas, hace un recorrido histórico de las corridas de toros que se llevaron a cabo en el bosque de Chapultepec. En la segunda, Rosa María Alfonseca realiza una fina interpretación sobre el biombo de autor anónimo, donde se representa desde diversas vertientes el recibimiento en la ciudad de México del virrey Francisco Fernández de la Cueva, duque de Albuquerque, que se ofreció en Chapultepec en 1711. En términos metodológicos el análisis de esta fuente pone de manifiesto al historiador que el documento escrito no es ni el único camino, ni el más certero para la acción de historiar. Conforman, como ya lo hemos anotado en otros estudios, parte de ese inmenso mar de vestigios humanos al que debemos recurrir quienes nos dedicamos a la ciencia de Clío. Asunto que es de vital importancia reconocer en un sitio como el Museo Nacional de Historia, donde además del edificio, su entorno y sus vestigios arqueológicos, se resguardan alrededor de 54,000 piezas históricas, que como la que se presenta en el libro, constituyen fuentes básicas para la reconstrucción del pasado.

El tema de la obra es importante por sí mismo ya que trata de un aspecto de la historia de Chapultepec poco conocido. Empero, llama la atención en su desarrollo la destreza con la que, desde la fiesta brava, los autores reviven otras realidades históricas. Entre ellas destaca el

agradable paseo a través del tiempo por el bosque y la residencia palaciega del virreinato, y sobre todo, la interrelación que ofrecen sobre los distintos sectores sociales y económicos del momento. El linaje y jerarquía social se observan en las imágenes y análisis del biombo, en donde resaltan aspectos como la presentación de las distintas vestimentas y los usos y costumbres de cada grupo; también se hace énfasis en el empeño del criollo y el español por reproducir en Nueva España actividades semejantes a las que la nobleza peninsular solía realizar en el viejo continente, en el arraigo de la lidia de toros como una actividad permitida por el aparato hegemónico colonial entre españoles y criollos, y aun entre los indios, castas y mestizos. Aunque entre estos últimos, como bien asienta Francisco Coello, la asistencia a los eventos al principio estuvo prohibida:

El toreo y la fiesta caballerisca se lo apropiaron primero los conquistadores y después los señores de abolengo. Personajes de otra escala social, españoles nacidos en América, mestizos o indios, tenían prohibido participar en la fiesta taurina novohispana; aunque también deseaban intervenir. Las primeras manifestaciones estuvieron abanderadas por la rebeldía. Dicha experiencia tomaría forma durante buena parte del siglo XVI, pero alcanzaría su dimensión profesional durante el siglo XVIII.<sup>6</sup>

Respecto al bosque de Chapultepec, el libro es muy novedoso porque relata en forma ampliada sucesos anteriores a la construcción del castillo en la cima del cerro. Es decir, un periodo del que se ha escrito poco y que remite a la etapa en que la residencia virreinal se encontraba en la parte baja del montículo,

sobre lo que fue la casa veraniega de Moctezuma. Se habla así de sucesos políticos y sociales palaciegos y se muestra la arquitectura de aquella construcción hoy desaparecida en su totalidad.

Las menciones al arte barroco producto del análisis del biombo por Rosa María Alfonseca destacan por su finura, como se desprende del siguiente párrafo que habla de la sensibilidad artística del pintor anónimo:

su temperamento se deja arrebatarse por los estímulos elementales de la sensualidad, por el placer con que los aldeanos se entregan al baile, a la bebida, a la música y a la mascarada, es así como una atmósfera de alegría se respira en toda la obra, que sin lugar a dudas resalta por los fuertes contrastes de sus colores, con los que alcanza un impresionante efecto decorativo. Por otro lado, los ritmos logrados con los rojos como en chispazo risueño armonizan dando una unidad a toda esta amalgama colonial.<sup>7</sup>

El lenguaje del libro, sencillo y hasta cierto punto coloquial, lo hace accesible a todo público. No obstante, es necesario resaltar el rigor científico con el que los autores presentan la temática. Ello en virtud de que en Chapultepec se hacen necesarios trabajos de este tipo, ya que por el romanticismo y nostalgia que despierta el lugar, hay una abundante bibliografía en la que con facilidad se falsea el dato histórico o se olvida el rigor de la hermenéutica.

Cabe señalar, por último, otras temáticas que guarda como telón de fondo la investigación mencionada: por un lado la cuestión ecológica, que es como un grito que clama la necesidad de salvar al bosque de Chapultepec, uno de los pocos pulmones que todavía quedan en esta gigantesca ciudad de México, y por el otro,

ese fin que fue siempre buscado en las fiestas taurinas que se celebraron en Chapultepec, es decir, la recaudación de fondos para restaurar la construcción palaciega, primero, en la parte baja del cerro, a un costado de las cristalinas albercas o ma-

nantiales que por siglos surtieron de agua a la ciudad de México, y por el otro, el gran castillo en la cima del mismo. Ello demuestra la dificultad que siempre ha existido para dar mantenimiento al lugar cuya última restauración todavía se está llevan-

do a cabo. Mientras se concluye, habrá que señalar como un acierto entre las actividades didácticas y de investigación del Museo Nacional de Historia, la publicación del libro *El Bosque de Chapultepec, un taurino de abolengo*.